

Truman Capote

El arpa de hierba



El arpa de hierba es un título imprescindible en la obra de Truman Capote: una pieza clave de su polifacético universo literario y una muestra acabada del exquisito registro con que retrata las vivencias más intensas. En esta novela de trazos autobiográficos, Capote relata la historia de una pequeña comunidad norteamericana cuyos cimientos morales se ven conmocionados por un extraño episodio.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El arpa de hierba](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Autor](#)

[Notas](#)

A Miss Sook Faulk.
En recuerdo de afectos
profundos y verdaderos.

1

¿Cuándo oí hablar por primera vez del arpa de hierba? Bastante antes del otoño ya vivíamos en el cinamomo, así que debió de ser a principios del otoño. Y, naturalmente, fue Dolly quien me lo dijo. Nadie más pudo tener la ocurrencia de llamar a aquello un arpa de hierba.

Si al salir del pueblo se toma el camino de la iglesia, pronto se deja atrás una deslumbrante colina de lápidas blancas como huesos y oscuras flores reseca: el cementerio baptista. Nuestros parientes, los Talbo y los Fenwick, están enterrados allí; mi madre al lado de mi padre, y las tumbas de nuestros familiares, veinte o más, los rodean como las raíces de un árbol pétreo. A los pies de la colina se extiende una pradera que cambia de color con las estaciones. Vale la pena verla en otoño, a finales de septiembre, cuando se torna roja a la puesta del sol y las sombras de color escarlata, semejantes al resplandor de una hoguera, pasan sobre la hierba, arrastradas por las ráfagas de los vientos otoñales que, al agitar suavemente sus hojas, emiten un leve suspiro que parece música humana: un arpa de voces.

Tras esa pradera empieza la oscuridad del bosque de River. Debió de ser en uno de aquellos días de septiembre, mientras nos hallábamos en el bosque recogiendo raíces, cuando Dolly me dijo:

—¿Lo oyes? Es el arpa de hierba, que siempre nos cuenta algo nuevo... Lo sabe todo de la gente de la colina, de los que vivieron antes aquí. Y cuando nosotros estemos muertos, también contará nuestra historia.

Tras la muerte de mi madre, mi padre, viajante de comercio, me envió a vivir con sus primas, Verena y Dolly Talbo, dos hermanas solteras. Hasta entonces ni siquiera se me había permitido ir a visitarlas. Por razones que nadie supo nunca con certeza, Verena y mi padre no se dirigían la palabra. Probablemente, mi padre le pidió dinero prestado y ella se lo negó. Es posible, también, que Verena le hiciera un préstamo y él no se lo devolviera. Lo cierto es que se trató de un asunto de dinero, pues ninguna otra cosa les hubiera importado tanto, sobre todo a Verena, que era la persona más rica del pueblo. La droguería, la tienda de comestibles, la mercería, la gasolinera, un edificio de oficinas, todo era suyo, y su riqueza no hacía que fuera una mujer de trato fácil, precisamente.

Bien, el caso es que papá había dicho que jamás pondría los pies en su casa. Contaba cosas terribles de las señoritas Talbo. Uno de los chismes que hizo circular, y que pronto se extendió por todas partes, fue que Verena era morfinómana. En cuanto a Dolly, lo que dijo de ella fue tan ridículo que hasta a mamá le pareció demasiado y le dijo a mi padre que debería avergonzarse de burlarse de aquel modo de dos personas tan amables e inofensivas.

Creo que mis padres estaban muy enamorados. Cada vez que él tenía que irse de viaje para vender sus frigoríficos, ella se echaba a llorar. Cuando se casaron mi madre sólo tenía dieciséis años, y murió antes de cumplir los treinta. La tarde en que murió, mi padre, sin dejar de gritar su nombre, se arrancó la ropa y se puso a correr desnudo por el jardín.

Verena vino a casa al día siguiente del entierro. Recuerdo el terror con que la vi aproximarse, andando por la acera, una mujer bonita, flaca como un palo, con el pelo corto y medio canoso, cejas oscuras casi masculinas y pómulos delicados. Abrió la puerta principal de la casa y entró en

ella sin vacilar. Desde el día del funeral, papá se había pasado el tiempo destrozando todo lo que caía en sus manos, pero no con rabia sino más bien con calma, concienzudamente. Entraba en el salón, cogía una figura de porcelana, la observaba unos instantes, pensativo, y después la estrellaba contra la pared. El suelo y las escaleras estaban llenos de trozos de cristal y de cubiertos arrojados al azar, y un camión de mi madre colgaba desgarrado del pasamanos.

Los ojos de Verena recorrieron rápidamente aquel caos.

—Eugene, he venido para hablar contigo —le dijo con su voz cordial, fríamente exaltada.

—Sí, Verena, siéntate. Suponía que vendrías —repuso papá.

Aquella misma tarde, Catherine Creek, la amiga de Dolly, se presentó en casa y recogió mi ropa. Papá me llevó en el coche hasta la casa impresionante y sombría de Talbo Lane. Cuando iba a bajar del coche trató de abrazarme, pero tenía miedo de él y aparté sus brazos. Ahora siento de veras que no nos abrazáramos. Porque sólo unos días después, cuando iba camino de Mobile, su coche derrapó y fue a precipitarse en las aguas del Golfo desde una altura de veinte metros. Cuando volví a verle, le habían puesto dólares de plata en los ojos para que se le cerraran con el peso.

Excepto para comentar que era muy bajito para mi edad, nadie me había prestado hasta entonces la menor atención. Pero ahora todo el mundo me señalaba y comentaba: ¡Qué pena! ¡Pobrecito Collin Fenwick! Yo trataba de parecer apesadumbrado y triste porque sabía que eso los complacía. La gente era amable conmigo, me invitaba a helados o me regalaba cajas de golosinas. Y en la escuela, por primera vez en mi vida, obtuve notas excelentes. Así que pasó bastante tiempo hasta que me calmé lo suficiente para darme cuenta de la existencia de Dolly Talbo.

Y cuando lo hice, me enamoré.

Es fácil imaginar lo que debí de ser para ella al principio de llegar a su casa: un chiquillo de once años entrometido y ruidoso. Se ponía nerviosa al oír el sonido de mis pasos, y cuando no lograba evitarme parecía replegarse en sí misma rápidamente, como los pétalos de un tímido helecho. Era una de esas personas capaces de disfrazarse de objeto en una habitación, o de sombra en un rincón, y cuya presencia es un delicado acontecimiento. Llevaba siempre zapatos silenciosos y vestidos sencillos y virginales que le llegaban hasta los tobillos. Pese a ser mayor que su hermana, parecía alguien que, como yo, hubiera sido adoptado por Verena. Impulsados y guiados por la gravedad del planeta Verena, girábamos los dos, en órbitas separadas, por el espacio exterior de la casa.

En la buhardilla, un desordenado museo poblado fantasmagóricamente por los viejos maniquíes de la mercería de Verena, había muchas tablas sueltas en el suelo y, separándolas un poco, yo podía mirar en el interior de casi todas las habitaciones de la casa. El cuarto de Dolly, al contrario que el resto de la casa, lleno hasta rebosar de muebles pesados y severos, sólo contenía una cama, un escritorio y una silla. Podría haber servido de celda a una monja, excepto por un detalle: todo en él, incluso las paredes y el suelo, estaba pintado de un llamativo color rosa. Siempre que me ponía a espiar a Dolly, estaba haciendo una de estas dos cosas: de pie, frente al espejo, con unas tijeras de jardinería en la mano, cortaba mechones de su pelo, rubio y canoso, que por cierto llevaba ya bastante corto; y cuando no hacía esto, escribía a lápiz en un bloc de cartas de papel grueso. Humedecía continuamente el lapicero con la punta de su lengua y, de vez en cuando, pronunciaba en voz alta una frase antes de escribirla: *Las golosinas ni siquiera debe tocarlas, puede estar segura de que los caramelos o la sal acabarán, ciertamente, por causar su muerte.* Ahora puedo decir que lo que escribía eran cartas, pero al principio aquella correspondencia me intrigaba. Al fin y al

cabo, su única amiga era Catherine Creek; no recibía visitas y no salía jamás de su casa, excepto un día a la semana en que se iba con Catherine al bosque de River para recoger los ingredientes de un remedio contra la hidropesía que Dolly preparaba y embotellaba. Después supe que Dolly tenía muchos clientes para ese remedio en todo el estado y que a ellos, precisamente, escribía las cartas.

La habitación de Verena, que comunicaba con la de Dolly por un corredor interior, estaba amueblada como si se tratase de una oficina. Había un escritorio de tapa de persiana, una librería llena de libros de contabilidad y archivadores. Después de cenar, con una visera verde sobre los ojos, Verena se sentaba frente al escritorio y sumaba cifras y pasaba una tras otra las páginas de sus libros de contabilidad; a veces seguía incluso después de que se hubieran apagado las farolas de la calle. Aunque mantenía ciertas relaciones en términos diplomáticos y políticos con bastantes personas, la verdad era que Verena no tenía auténticos amigos. Los hombres la temían y ella parecía temer a las mujeres. Algunos años antes mantuvo relaciones bastante estrechas con una joven rubia y alegre llamada Maudie Laura Murphy, que durante cierto tiempo trabajó en la oficina de correos y acabó casándose con un viajante de licores de San Luis. La boda pareció sentarle bastante mal a Verena, que no tuvo pelos en la lengua y llegó a decir públicamente que aquel hombre era una nulidad. Por eso sorprendió a todos que, como regalo de boda, le pagara a la pareja su viaje de luna de miel al Gran Cañón. Maudie y su marido no regresaron. Abrieron una estación de servicio en las proximidades del Gran Cañón y, de vez en cuando, enviaban a Verena algunas instantáneas suyas. Estas fotos eran para Verena, al mismo tiempo, un placer y una pena. Había noches en que Verena no abría los libros de contabilidad pero igualmente se sentaba frente al escritorio, con la cabeza apoyada en las manos, y contemplaba la serie de fotos que había extendido sobre la mesa. Después de recogerlas, se

ponía a pasear de un lado a otro por su habitación, con las luces apagadas, y a veces dejaba escapar un sonido, una especie de grito de dolor repentino y contenido, como si hubiera tropezado y caído en la oscuridad.

La parte de la buhardilla desde cuyo suelo hubiese podido ver la cocina, estaba protegida contra mi curiosidad, pues se encontraba llena de pesados baúles, grandes como balas de algodón. Y en aquellos días la cocina era, precisamente, el lugar que más me hubiera gustado espiar: era, en la práctica, la sala de estar de la casa, y allí Dolly se pasaba la mayor parte del tiempo charlando con su amiga Catherine. Huérfana desde niña, Catherine fue contratada por Uriah Talbo y las tres, ella, Dolly y Verena, habían crecido juntas. Catherine llamaba a Dolly Corazoncito, pero Verena era simplemente Esa para ella. Catherine vivía en el jardín trasero de la casa, en una pequeña casita de tejado de cinc que relucía como si fuera de plata, situada entre girasoles y rodeada de espalderas con espesas matas de habichuelas. Proclamaba que era india, lo que hacía que la gente se sonriera burlona, pues era tan negra como los ángeles de Africa. Por lo que yo sé, su afirmación podía ser cierta, y la verdad era que vestía siempre como si fuera india. Llevaba al cuello un collar de cuentas de color turquesa y en sus mejillas, que brillaban como las luces traseras de un automóvil, había colorete más que suficiente para hacerle entornar los ojos. Le faltaba la mayor parte de los dientes y se rellenaba los carrillos con algodón en rama. Verena solía decirle: «Maldita sea, Catherine, si no eres capaz de pronunciar un sonido comprensible, ¿por qué diantre no bajas a ver al doctor Crocker para que te ponga algunos dientes en la boca?».

La verdad es que costaba mucho trabajo comprender lo que decía Catherine, y sólo Dolly estaba en condiciones de entender y traducir las palabras oscuras y entrecortadas de su amiga. A Catherine le bastaba con que Dolly la entendiera: siempre estaban juntas y todo lo que tenían que de-

cir se lo decían entre ellas. Pegando la oreja a una grieta del suelo de la buhardilla podía escuchar el exasperante murmullo de sus voces como un espeso jarabe que se filtrara a través de la vieja madera.

Para alcanzar la buhardilla había que utilizar una escalera de mano en el cuartito de la ropa, en el techo del cual había una trampilla. Un día, cuando iba a subir, vi que la trampilla estaba abierta, me puse a escuchar y oí ese curioso rumor que suelen hacer las niñas cuando juegan solas. Iba a dar media vuelta cuando el murmullo cesó y una voz dijo:

—¿Catherine?

—Soy Collin —respondí, y aparecí ante ella.

El copo de nieve que era el rostro de Dolly mantuvo su forma; por una vez no se disolvió.

—Vaya, conque es aquí donde te metes... Estábamos intrigadas.

Su voz era frágil y arrugada como un tejido de papel. Tenía los ojos de una persona bien dotada, amables y transparentes, luminosos y verdes como jalea de menta. Al mirarme en la semipenumbra de la buhardilla parecía admitir que no temía daño alguno de mi parte.

—¿Vienes a jugar aquí, a la buhardilla? Ya le había dicho a Verena que te sentirías solo. —Se detuvo un momento y siguió hurgando en las profundidades de un barril—. Acércate —continuó—, puedes ayudarme buscando en este otro barril. Trato de encontrar un castillo de coral y una bolsa con cuentas de colores. Creo que esto le gustará a Catherine, una pecera..., ¿no te parece? Para su cumpleaños. Teníamos una pecera con peces tropicales... Unos diablitos, eso es lo que son. Se comen los unos a los otros. Recuerdo perfectamente el día que los compramos, fuimos todos hasta Brewton... Cien kilómetros, nada menos. Nunca me había alejado tanto de aquí. Y no creo que vuelva a hacerlo. ¡Ah, aquí está el castillo!

Poco después encontré las cuentas, que eran como granos de maíz o pequeños caramelos de colorines, y le dije:

—Toma un caramelo.

Le ofrecí la bolsa.

—¡Muchas gracias! Me gustan los caramelos aun cuando sepan a piedra.

Nos hicimos amigos Dolly, Catherine y yo. Tenía once años y de repente tuve dieciséis. Aunque no conseguí notas demasiado brillantes, fueron unos años muy agradables.

Nunca invité a nadie a casa ni tuve ganas de hacerlo. Una vez acompañé a una chica al cine, y cuando volvíamos me preguntó si podía entrar un momento en casa para tomar un vaso de agua. Si hubiera pensado que era cierto que tenía sed, le hubiera dicho que sí, pero sabía que estaba fingiendo y que lo único que deseaba era entrar, como todos, de modo que le dije que era mejor que esperara hasta llegar a su casa. Ella me dijo:

—Todo el mundo sabe que Dolly Talbo está chiflada, y tú también lo estás.

La chica me caía bien, desde luego, pero eso no evitó que le diera un buen empujón; ella me dijo que su hermano me ajustaría las cuentas, y vaya si lo hizo: aquí exactamente, en la comisura de la boca, tengo todavía una cicatriz en el lugar donde me golpeó con una botella de refresco.

Yo ya sabía lo que se decía por ahí: que Dolly era la cruz de Verena y que en la casa de Talbo Lane ocurrían cosas que nadie podía imaginar. Es posible. Pero fueron unos años muy agradables y felices.

En las tardes de invierno, tan pronto como regresaba de la escuela, Catherine abría presurosa un tarro de conserva, mientras Dolly colocaba en el hogar una enorme cafetera y metía una fuente de bizcochos en el horno, y éste, al abrirlo, dejaba escapar la fragancia de la vainilla caliente. Y es

que Dolly, que se alimentaba casi exclusivamente de dulces, siempre estaba haciendo pasteles, bizcochos o cualquier clase de repostería. Dolly jamás tomaba verdura, y la única carne que le gustaba eran los sesos de pollo, del tamaño de un guisante y que desaparecen antes de haberles tomado el gusto. Gracias al horno y al hogar de leña, la cocina estaba caliente como una estufa. Lo más que conseguía el invierno era helar por fuera los cristales de las ventanas con su azulado hálito glacial. Si algún mago me ofreciera hacer realidad un deseo, le pediría una botella llena de las voces que resonaban en aquella cocina, de los murmullos y el crepitar del fuego, una botella llena a rebosar del olor dulce y mantecoso de la pastelería... Aun cuando, todo hay que decirlo, Catherine olía como una cerda en primavera. Más que una cocina, parecía una acogedora sala de estar, con un felpudo de punto en el suelo y mecedoras, fotografías de gatitos, una de las manías de Dolly, en las paredes, una maceta de geranios que florecían una y otra vez a lo largo del año, y los peces de colores de Catherine en su redonda pecera, sobre la mesa cubierta con un mantel de hule, asomando sus colas como estandartes por las puertas del castillo de coral. A veces jugábamos a completar rompecabezas, dividiéndolos en secciones, y Catherine escondía algunas piezas si se daba cuenta de que íbamos a terminar antes que ella. O me ayudaban en mis deberes escolares, lo que siempre acababa en el mayor desorden.

Las cosas de la naturaleza no tenían secretos para Dolly. Poseía la misteriosa inteligencia de una abeja que sabe siempre dónde encontrar las flores más dulces; era capaz de avisar de la llegada de una tempestad con un día de antelación, predecir la cosecha de la higuera, dar con setas y colmenas silvestres o hallar un nido escondido con huevos de pintada. Miraba a su alrededor y sentía lo que no veía. Pero en lo que se refería a mis deberes escolares, era tan ignorante como Catherine.

—América ya tenía que llamarse América antes de la llegada de Colón. Es lógico. Si no, ¿cómo supo que era América?

Y Catherine asentía:

—Claro. América es una vieja palabra india.

De las dos, Catherine era la peor: insistía en su infalibilidad y si yo no escribía exactamente lo que ella me explicaba, se agitaba y derramaba el café o lo que fuera. Pero no volví a hacer caso de lo que me decía después de su afirmación de que Lincoln era medio negro y medio indio y sólo tenía una pequeña porción de sangre blanca. Hasta yo sabía que eso no era cierto. Pero estoy muy agradecido a Catherine, pues de no haber sido por ella, que lo sabía todo mejor que nadie, ¿hubiera crecido hasta alcanzar las medidas normales de un ser humano corriente? A los catorce años yo no era mucho más alto que Bidy Skinner, y la gente siempre estaba comentando las ofertas que recibía para exhibirse en un circo. Catherine me dijo: «No te preocupes, cariño, lo único que necesitas es que te estiren un poco». Y tiraba de mis brazos, de mis piernas, e incluso de mi cabeza, como si fuera una manzana sujeta firmemente a la rama. Lo cierto es que al cabo de dos años de estirones me hizo pasar de un metro cuarenta y cinco centímetros a un metro setenta, y esto lo puedo probar gracias a las marcas que con el cuchillo de cortar el pan hacíamos en la puerta de la despensa, pues incluso ahora que ya han pasado y desaparecido tantas cosas, cuando sólo queda el viento en la chimenea y el invierno invade la cocina, esas cicatrices, cada vez más separadas del suelo, están allí como un testimonio.

Pese al efecto, generalmente benéfico, del remedio de Dolly en aquéllos que escribían pidiéndolo, de vez en cuando llegaban cartas que decían: «Estimada señorita Talbo, no necesitaremos de ahora en adelante más medicina contra la hidropesía, porque la pobre prima Belle (o quienquiera que fuese) pasó a mejor vida la semana pasada. Que

su alma descansa en paz». En tales ocasiones la cocina se convertía en un velatorio; con las manos juntas y las cabezas bajas, mis dos amigas recordaban sombrías las circunstancias del caso hasta que Catherine acababa diciendo: «Bien, hicimos todo lo que pudimos, Corazoncito, pero el buen Dios tenía otros planes». También Verena podía entristecer la cocina, pues siempre estaba tratando de introducir alguna norma nueva o forzarnos a cumplir una antigua: haz eso, no lo hagas, detente, empieza; era como si nosotros fuéramos relojes a los que había que vigilar para comprobar si nuestra hora coincidía con la suya; ¡pobres de nosotros si íbamos diez minutos adelantados o con una hora de retraso! Verena se disparaba como un cuco. «¡Esa!», decía Catherine; y Dolly le respondía «¡Cállate, cállate!», como si quisiera tranquilizar no a Catherine sino a un propio murmullo interno de rebeldía. Creo que en el fondo de su corazón Verena deseaba venirse a la cocina y ser parte de ella, pero se sentía igual que un hombre solo en una casa llena de mujeres y niños, y el único modo como podía establecer contacto con nosotros era mediante explosiones de energía con que manifestar su autoridad: «Dolly, líbrate de ese gatito, ¿es que quieres empeorar mi asma?» «¿Quién ha dejado abierto el grifo en el cuarto de baño?» «¿Quién de vosotros ha roto mi paraguas?». Su mal humor se expandía por toda la casa como una niebla amarilla y agria. «¡Esa!» «¡Cállate, cállate!».

Una vez por semana, casi siempre en sábado, íbamos al bosque de River. Para la excursión, que duraba todo el día, Catherine freía un pollo y hervía una docena de huevos, y Dolly se llevaba una tarta de chocolate y una buena cantidad de otros dulces. Pertrechados con todo eso y con tres sacos vacíos, marchábamos por el camino de la iglesia, dejábamos atrás el cementerio y atravesábamos la pradera. Justo a la entrada del bosque había un cinamomo de tronco doble; en realidad se trataba de dos árboles, pero sus ramas estaban tan estrechamente unidas entre sí que podía